

Gerd Baumann, *El enigma multicultural. Un replanteamiento de las identidades nacionales, étnicas y religiosas*, Barcelona, Paidós, 2001, 207 pp.

“No hay entidad sin identidad”, este *dictum* quineano, utilísimo en ontología formal, puede ser de gran ayuda al analizar el libro de Gerd Baumann intitulado *El enigma multicultural. Un replanteamiento de las identidades nacionales, étnicas y religiosas*. Lo que existe o lo que es postulado como existente debe tener características mediante las cuales sea posible identificarlo; de lo contrario, ¿cómo se le puede reconocer? A tal problema se enfrentará constantemente el autor a lo largo de esta obra.

El libro está dividido en 12 capítulos a través de los cuales se estudia la multiculturalidad. Desde el capítulo uno hasta el siete se observa una labor de análisis; del ocho al final, la obra presenta un discurso pletórico de propuestas. El marco teórico utilizado es notoriamente dialéctico. La dialéctica no pocas veces conlleva contradicciones, pero esto parece no incomodar al autor: siempre encuentra la manera de “superar” dichas contradicciones. Si uno está dispuesto a adoptar la lógica dialéctica no tendrá mayores problemas; por el contrario, si nuestras ideas están influidas por una lógica formal, entonces difícilmente se podrá avanzar en la lectura pues, como bien se sabe, de una contradicción se implica cualquier proposición.

Los asuntos tratados en la mayoría de los primeros capítulos (que pueden denominarse “capítulos analíticos”) se plantean como disyunciones (v. gr. “La etnia ¿sangre o vino?”); del capítulo ocho en adelante predominan, en cambio, las conjun-

ciones (v. gr. “La praxis multicultural: lo banal y lo óptimo”). En ocasiones, el planteamiento disyuntivo adopta la forma inclusiva. Las alternativas propuestas no siempre se excluyen.

El propósito del libro es demostrar que: “El multiculturalismo no es el viejo concepto de cultura multiplicada por el número de grupos existentes, sino una nueva, e internamente plural, puesta en práctica de la cultura aplicada a uno mismo y a los demás”.

El análisis de Baumann se sitúa en América y Europa ya que, según afirma, estos dos continentes se han enfrentado a varios cambios en cuanto a la forma de estudiar y tratar de esclarecer el enigma multicultural; además, si bien es cierto que dicho enigma es de origen americano, los múltiples intentos de afrontarlo se encuentran en Europa. El autor asegura que el parangón es de máxima utilidad en todo análisis multicultural. Así, trata de resolver el presente enigma multicultural analizando lo que se entiende por nacionalidad, identidad étnica y religión desde el punto de vista cultural.

La obra cuenta con diversos ejemplos históricos y sociológicos; sin embargo, tales ejemplos con frecuencia se adaptan perfectamente a situaciones singulares. Eso lleva a preguntarse si Baumann eligió modelos ad hoc; de ser así, entonces su investigación estaría sometida a serias dudas, pues se vería “inmunizada” desde una perspectiva epistemológica, es decir, evitaría, deliberadamente, los casos que le son adversos. Por lo tanto, las explicaciones ofrecidas resultarían falaces.

El autor considera que el Estado-nación occidental es una fusión de dos posturas filosóficas antagónicas: el romanticismo y el racionalismo. El primero es la concepción que coloca a los sentimientos como pilares de cualquier acción, mientras que el segundo se presenta como el intento continuo para encontrar el quid teleológico. El romanticismo exalta la individualidad, pero ve al Estado-nación como la suma perfecta de todas las indivi-

dualidades. El racionalismo lo muestra como el único garante del bienestar público. Uno y otro acarrearán dos problemas concretos al Estado: 1) la etnicidad mantiene una relación sui generis con el Estado-nación, debido al concepto romántico de éste, y 2) la religión tiene una relación discordante con el Estado, como consecuencia de la propensión secular del racionalismo.

Baumann pretende analizar la amalgama Estado-nación. Al respecto, señala que es una creación semántica e histórica que aglutina tanto la fraternidad de la nación como la indiferencia del Estado. Ambos tienen sus propias ficciones, a pesar de lo cual permiten, gracias a ventajas económicas y políticas aunadas a una adecuada simbología, que el pueblo acepte la quimera del Estado-nación y que, además, se encuentre dispuesto a llevar a cabo cualquier tipo de acción, por irracional que parezca, en nombre de algo notoriamente intangible.

El Estado-nación, debido a su impronta racionalista y romántica, entra en conflicto con la religión y la etnicidad. Sin embargo, persiste una paradoja: los Estados modernos son *secular-aristas*, pero están muy lejos de ser *secular-ares*. Ésta no es una simple minucia sintáctica entre lexema y gramema; la distinción es fundamentalmente conceptual: son secularistas porque apartaron a las iglesias del entorno político, y no son seculares porque instituyeron sus ideas religiosas acerca de la nación y el individuo. Paulatinamente, el nacionalismo deviene religión de Estado.

De acuerdo con Baumann, el Estado-nación ocupa un lugar privilegiado frente a los otros dos componentes del triángulo multicultural (la etnicidad y la identidad religiosa). Éste se declara a sí mismo como postétnico, tratando de suplantar los lazos étnicos por vínculos racionales que proporcionen derechos similares a todas las etnias. Sin embargo, esto es imposible porque todos los Estados-nación llevan implícita una ideología pseudotribal que hace uso de una discriminación étnica. Por

otra parte, el Estado-nación intenta sustituir la comunidad religiosa por una neutralidad secular. No obstante, como ya se vio, la cultura cívica que implementa se convierte, de facto, en práctica religiosa. El Estado-nación forma su credo y lo instituye de manera tiránica.

El autor no cree que la etnicidad pueda reducirse a un simple asunto de afinidad sanguínea o características fenotípicas compartidas. La etnicidad debe ser vista como una creación social moldeable que forma una identidad según las circunstancias. La naturaleza, por sí misma, no es capaz de configurarla. Baumann se vale de una metáfora para explicar sus ideas acerca de la etnicidad: al igual que el vino, ésta se forma con ingredientes proporcionados por la naturaleza; sin embargo, la naturaleza, por sí misma, no produce vino, es necesario todo un proceso de fermentación y maduración que, gradualmente, proporcionan al vino su sabor, olor, color y consistencia. La etnicidad pasa por un proceso análogo: el sustento es de índole natural pero requiere intereses políticos, económicos y sociales que terminan por conformar la identidad étnica.

Es posible ilustrar sus ideas acerca de la etnicidad con algunos ejemplos. Durante la guerra por la independencia de Angola no hubo una defensa incondicional de una base común, en este caso, la *negritud*, sino que cada grupo rebelde tenía intereses particulares. El Frente Nacional para la Liberación de Angola (FNLA) y su escisión, la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), tenían una visión fuertemente tribalista, pero de origen distinto: el FNLA se apoyaba en la etnia bakongo, mientras que la UNITA se sustentaba en la etnia ovimbundu. Por su parte, el Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA) era, por así decirlo, el más cosmopolita. Incluso el FNLA y la UNITA combatían más al MPLA que a los mismos portugueses, pues sus intereses económicos tenían mayor afinidad con los colonialistas que con los miembros del MPLA.

En el Cuerno de África y en el sudeste asiático también se encuentran excelentes paradigmas. La guerra que Etiopía y Somalia protagonizaron hacia finales de la década de los setenta fue el resultado de la reivindicación somalí del Ogadén. Difícilmente se puede acoplar el marxismo (el régimen somalí se declaraba marxista, por lo menos hasta su guerra con Etiopía) con tales pretensiones anexionistas. El entonces presidente de Somalia, Siad Barre, realizó una abigarrada mezcolanza de marxismo, chovinismo y aspiraciones tribales. Esto constituye un tipo de etnicidad artificial y extrapolada.

En el sudeste de Asia, también en los setenta, se desató un conflicto entre dos naciones marxistas: Viet Nam y Camboya. Más allá de consideraciones geopolíticas o de diferentes interpretaciones del marxismo, no se puede desconocer que el pretexto para la guerra se debió a problemas fronterizos y conflictos entre etnias.

Asimismo hay ocasiones en que la etnicidad se adapta y somete a circunstancias perentorias. La Antigüedad ofrece varios casos. Un ejemplo es la coalición de romanos, burgundios, visigodos y francos que hicieron frente a las hordas de Atila. Otro, es la unión de los reinos cristianos para acudir en auxilio del Imperio bizantino y frenar el avance turco. La etnicidad se moldeó según las necesidades del momento, máxime que la situación no era propicia para cuestionarse sobre la alteridad.

En lo que respecta a la religión, Baumann no la ve como un bagaje; más bien se trata de un marco de referencias que se actualizan conforme al contexto. Las religiones son algo vivo y, por ende, están sometidas a una constante dinámica.

El tema de la cultura se aborda desde tres perspectivas: esencialista, procesual y discursiva. El punto de vista esencialista sostiene que la cultura es algo estático que uno posee. Por el contrario, ver la cultura desde la perspectiva procesual es considerar que se encuentra en constante devenir y surge me-

dian­te actos espontáneos. El autor explica que las dos posiciones se complementan y dan origen a la teoría discursiva de la cultura. Ésta es, en un primer momento, una esencia que, posteriormente, se recrea de continuo adquiriendo nuevos elementos. Según afirma, la complejidad del proceso discursivo se debe a que es, ante todo, un proceso dialéctico. A lo largo de su texto, intenta resolver el enigma multicultural recurriendo a la cultura discursiva.

Baumann considera que todo multiculturalista debe poseer dos rasgos fundamentales: 1) reconocer la naturaleza dialogante de todas las identidades, y 2) discernir cuáles valores culturales pueden ser aceptados y cuáles no.

Además, proporciona seis reglas para un hipotético futuro multicultural: 1) reconocer al Estado-nación como una creación problemática pseudoétnica y pseudotribal que necesita reformarse; 2) es necesario convertir las identidades nacionales, étnicas y religiosas en procesos; 3) en el Estado-nación deben existir derechos basados en la residencia y no únicamente en el *status* cívico; 4) es preciso fomentar compromisos que relacionen y superen cualquier tipo de división étnica, religiosa o civil; 5) es menester desarrollar una ciencia social menos exclusivista en cuanto a los aspectos nacional, étnico y religioso; 6) para hacer realidad este progreso se debe reconocer el punto 1, plantear el punto 2 y poner en práctica los puntos 3, 4 y 5. Si uno cumple los puntos precedentes, entonces se convierte, según este autor, en un ciudadano multicultural útil.

El autor invita a que el enigma multicultural no se deje en meras especulaciones. La praxis es el medio óptimo para resolverlo.

El libro pugna por que, en el ámbito cultural, el término *identidad* sea sustituido por *identificación*. Baumann considera que, al utilizar el término *identificación*, uno se libera de ver la cultura como algo fijo e inmutable. Pues bien, utilícese el

---

término que se desee, lo cierto es que (como se afirmó al inicio) todo lo existente requiere de rasgos para ser identificado, aunque éstos sean mutables y, por ende, nuestra definición se actualice de continuo. En la cultura, como en cualquier campo, “no hay entidad sin identidad”.

*Armando Ramírez*